

es seguro que lucirá *incontinenti* el radiante sol de todos los favores. ¿Cómo no estaremos ciertos de recibir de Ella cuanto pidamos?

Buena prueba es de ello la fiesta de la Santísima Virgen del Rosario que hoy celebramos y que representa el triunfo de la oración hecha al cielo por las manos de María.

Desde su nacimiento fué enemiga de Satanás, la Virgen de las vírgenes, como no podía menos de suceder. ¿Qué relación puede haber entre Cristo y Belial? Y, entre una religión nacida al fuego de los incentivos de la carne, y la Madre Virgen ¿cómo no había de hallarse repulsión la más absoluta? La media luna que sirve de estandarte al mahometismo no tardó en caer bajo la planta triunfadora de la que había conculcado la cabeza de Luzbel y todas las descendencias de los espíritus rebeldes a Dios y enemigos de la humana salvación. Apenas los hijos del desierto lanzáronse como devastador alud sobre Europa sojuzgando a la católica España de Recaredo, cuando María, tomando asiento en el rocoso trono de las montañas de Asturias, empezó a empujar a la morisma hacia el Africa, y no cesó de inspirar en los corazones españoles los heroísmos que se consumaron en la Alhambra de Granada y que tuvieron por corona el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Pero no fué esto bastante para destruir aquella terrible bestia Apocalíptica, pues, si en occidente consiguió España lanzarla al otro lado del Estrecho, la Europa oriental no fué tan dichosa. Presa ésta de los turcos que se sentían en el mayor apogeo de su poder, desafiaban osados a todos los poderes de Europa y los amenazaron con apoderarse de Italia, como ya lo habían hecho de la isla de Chipre.

Un Papa formado al calor de los amores dominicanos regía a la sazón los destinos de la Iglesia. Un rey, católico como el que más, gobernaba el vasto reino Español en cuyos dominios no se ponía el sol. La Señoría de Venecia veía su república amenazada; así es que bien pronto el amor a Cristo armó en contra del soberbio sultán Selín, al Papa San Pío V y a Felipe II, ayudados de las naves venecianas.

Mientras Alí-Bajá, capitán de la armada turca, hostigaba con saña y crueldad inaudita a Candía, Zante y Cefalonia, y robaba y hacía cautivos en Jumara y Corfú y se disponía a realizar otro tanto en Pradaso, a donde llegó con 6000 cautivos, entró en el golfo de Lepanto, en donde recibió con grandes muestras de alegría la noticia de que se acercaba la armada cristiana que llevaba por generalísimo al invicto D. Juan de Austria el cual lleno de bélico ardor y confianza en el cielo, navegó sin descanso, como él solía, acuciados más y más estos deseos en cada lugar que tocaba, como le sucedió en Corfú en donde contempló los estragos que hicieron los turcos, y presándole alas y alientos la toma de Famagusta por los enemigos, resolvióse, por fin, a luchar con la escuadra de Alí-Bajá, muy superior a la suya; pero lleno el pecho, cual otro Macabeo, de amor vehemente por la causa del cristianismo y por la civilización de Europa amenazada, lanzóse en verdadera persecución de las naves otomanas viniendo a encontrarse en las islas Escurzolaras.

Frente a frente viéronse aquel día, domingo 7 de Octubre, las más